

Un largo camino...



de más de treinta años

1762	Traslado de la Reducción a Boquerón	MISIÓN JESUÍTICA S. JOSÉ DE LAS PETACAS
1767	Expulsión de los jesuitas	
		PERÍODO SIN PRESENCIA ESTABLE DE SACERDOTE
1961	Creación de la Diócesis de Añatuya	
1975	Creación de la Parroquia	PARROQUIA SAN JOSÉ DE LAS PETACAS
	Construcción y gestión de 14 escuelas, Posta Sanitaria , Capillas	
1980	Formación de Cáritas -Inicio programa de becas	
1985	Viviendas de ladrillos - Pozos de agua	
	Nuevas perforaciones de agua- Canal de riego	
1990	15 capillas - 3 escuelas - Incremento de las be- cas (de 20 a 60 p/año) - Proyecto del Salado	
1995	Atención odontológica -Pantallas solares	
	Carpintería parroquial - 3 capillas- Entre 70 y 80 becados p/año- FM parroquial - Centro de salud	
2000	Pozos surgentes y aljibes familiares	
2005	Comedores Infantiles - Apicultura	

RECONOCIENDO LAS HUELLAS DE LOS ANTIGUOS MISIONEROS:

La Parroquia ha cumplido treinta años, pero ha llegado a ser lo que es, con las proyecciones y esperanzas que brinda hacia el futuro, gracias también a lo que había de preexistente, a lo que los primeros misioneros habían sembrado.

MISIÓN JESUÍTICA DE SAN JOSÉ DE LAS PETACAS

La primera Reducción de indios Vilelas fue la de San José. Se fundó en 1735, pero no estaba emplazada en el lugar actual de la Parroquia, sino en la zona de Matará, más al sur y más cerca de la ciudad de Santiago. Como el sitio no era favorable para los cultivos y la cría de animales el Padre Bernardo Castro S.J. solicitó permiso para efectuar su traslado. Eligió la zona de San José del Bquerón, porque era un lugar alto, sobre la barranca del río Salado, con lagunas pobladas de peces, bosques, campos y animales que podían servir de alimento a los indios. Recién en 1762 pudo concretar la mudanza, que duró treinta y dos días y presentó muchas dificultades, porque los hombres debían ir abriendo camino a fuerza de hacha, cruzando pantanos y desiertos.

Los Misioneros atendían la vida espiritual de los indios, pero también se ocupaban de todas sus necesidades materiales, oficiando de médicos y maestros en todos los casos:

“...Al principio del año 1766 entró una peste o especie de tabardillo en el pueblo de San José en ocasión de que el compañero del Padre Castro había pasado de cura al otro pueblo, y éste se hallaba solo; lo que en esta ocasión, por espacio de tres meses, poco más, tuvo que trabajar y padecer no es fácil decir; porque al trabajo de disponer muchos adultos infieles para el bautismo a causa del peligro en que estaban, administrar los otros Sacramentos a los ya Cristianos, enterrar a los muertos, se le añadía el cuidado de los cuerpos, siéndole preciso asistir a muchas familias por estar todos en la cama sin quedar siquiera algún niño que les pudiese dar un jarro de agua, y así se veía precisado no sólo a servirles personalmente aplicándoles las medicinas que su caridad le sugería, sino que también cocinaba personalmente para darles de comer, por haberse enfermado aquellos indios que en estas cosas podían aliviarle; así se le aumentaba de día en día el trabajo y el cuidado, pasándose las semanas enteras sin desnudarse ni acostarse en su cama; no se ceñía la caridad del Padre Castro a los indios en el Pueblo, antes se extendía también a las nuevas poblaciones de españoles que se habían establecido en aquel trozo de tierra, y había desde el Pueblo de Matarás hasta Petacas que serían unas sesenta leguas que antes estaban despobladas por las invasiones de los Infieles, y ahora con el seguro de que la Reducción de San José les servía de resguardo, se había poblado una y otra ribera del Río Salado, y era la mejor porción de tierra que tenía la ciudad de Santiago en su jurisdicción. Padeciendo, pues, estas poblaciones la nueva epidemia, hallándose en un total desamparo para el remedio de sus almas y también de sus cuerpos, acudían de quince, veinte o más leguas a pedirle que fuera a confesarlos porque distaban de sus curas setenta u ochenta leguas y no sufriendo su caridad negarse, se veía precisado a caminar en un día o en una noche ya las treinta, ya las cuarenta o más leguas, sin más descanso que el tiempo preciso para oír las confesiones, por no faltar a su obligación de asistir a sus Indios...”

“El Pueblo de San José de Vilelas”, Memoria anónima, citada por el P. Furlong S.J. en “Entre los Vilelas de Salta”

Pocos años duraría esta misión, ya que en 1767, el rey Carlos III decretó el extrañamiento de los jesuitas de su reino. Los dos misioneros de San José de Petacas, Bernardo de Castro, SJ y Francisco Almirón, SJ fueron apresados y deportados.

“...No habían aún llegado a sus casas, el Corregidor y Cabildo cuando se oyó un descompasado llanto en el pueblo, y se veían venir las mujeres desaladas hacia mi casa, y porque no se entrasen, salí a la puerta, las hice callar y les dije que si me tenían algún amor, me tuviesen lástima y no atormentasen más mi corazón afligido, y diciendo estas palabras y otras de consuelo, se volvieron a sus casas y haciendo cerrar la puerta me retiré.

Esa misma tarde, después de haber entregado un papel de todas las cosas que había en el pueblo al Sr. Teniente, aunque él me decía que no tenía orden para eso, me fui a ver un Indio enfermo y habiéndole reconciliado, porque no quedaba sacerdote alguno, me retiré a casa. Después de cenar me avisaron que una India había dado a luz, y luego fui y bauticé al niño, y entre las once y doce de la noche salí del Pueblo con el Capitán que llevó las cartas, el soldado que le acompañaba y un niño Vilela que no se apartaba de mi lado, llorando continuamente por acompañarme...”

Bernardo de Castro, SJ. *“La Reducción de San José de Indios Vilelas”*

Después de la expulsión de los jesuitas, religiosos de otras órdenes fueron designados para reemplazarlos. En el caso de Petacas, Fray Francisco Arce sucedió a Bernardo de Castro. Sin embargo, el intento no duró más que unos pocos meses. La edad avanzada de estos misioneros, el desconocimiento del idioma y la cultura de los indios, no les permitió hacerse cargo en forma eficiente. El pueblo decayó rápidamente y los habitantes se dispersaron.

Durante los dos siglos siguientes no hubo atención sacerdotal estable. A pesar de eso, la fe se siguió transmitiendo de generación en generación y fue fácil descubrir, en el momento en que la Compañía de Jesús retomó la zona, las enseñanzas dejadas por los primeros misioneros, tal como lo sugería el P. Arrupe S.J.:

“Que el Señor le ayude en su tarea misionera y que en ella emule la generosidad y la creatividad de nuestros antiguos Padres, que trabajaron en esos mismos sitios en que Ud. trabaja ahora. No dudo que en la fe y en la bondad de esa gente Ud. descubrirá todavía hoy el fruto de las antiguas catequesis de los nuestros...”

P. Pedro Arrupe S.J.

Carta dirigida al P. Juan Carlos el 16 de abril de 1981

“...Al llegar a San José del Boquerón descubrimos con inmensa alegría la fe plantada por nuestros mayores. Nos ofrecían una fuerte piedad y devoción a la Santísima Virgen, a su Santo Patrono San José, a los Santos, y daban muestras de una vivencia del Bautismo como Sacramento de Vida, del rezo a los difuntos. No poseían conocimientos de una catequesis más sistematizada, ni de la importancia o valor de los Sacramentos del perdón, Matrimonio o de la Eucaristía. Pero en toda la extensión parroquial encontramos un pueblo abierto al Señor, con ganas de ser instruidos en todo lo bueno...”

P. Juan Carlos . *Informe Parroquial* -Año1987

“...La gente nos contaba que la rezadora les había dado el agua del bautismo, pero que nosotros le diéramos los óleos. Fui conociendo que los misioneros antiguos habían preparado a alguna persona en cada zona enseñándoles las oraciones principales, cómo debían bautizar, y dejando una devoción, muy marcada a la Virgen y algún Santo. La persona que quedó con esa responsabilidad la había ido transmitiendo y así se había mantenido a lo largo de siglos una fe rudimentaria pero sobre la que ahora podíamos ir ayudándoles a construir su fe...”

Hna. María del Pilar Medrano

“... Ya celebraban los Santos, decían: - bueno, vamos a hacer una velada y ya se reunía la gente y hacían la fiesta y bailaban y todo, rezaban.... No había sacerdote, pero había del principio los que han queda'o y han enseña'o. Ahí habían sus rezadores y éstos decían y rezaban. Igual las Novenas, cuando moría alguno, igual rezaban...”

Doña Celia Cuellar

“...A pesar, cuando no había Iglesia, era muy creyente la gente, porque yo me acuerdo que mi abuelo siempre se encomendaba en Dios, en la Virgen, y siempre hablaba de San José, que se lo habían llevado a la capital de Santiago...”

María Jesús Cortéz

“...Para la Fiesta de la Virgen, lo alumbraban, lo sacaban en procesión, le daban música, violín y bombo; todos lo acompañaban, la llevaban a distancia lejos....”

Doña Nico Miranda